

Albert Soler

UN BOTIFLER EN LA VILLA Y CORTE



PENÍNSULA

Un botifler en la Villa y Corte
Albert Soler

© Albert Soler Bufi, 2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: enero de 2023

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2023
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Depósito legal: B. 119-2023
ISBN: 978-84-1100-127-4



Índice

Introducción	15
Llegada	19
Entre niños anda el juego	25
El Pardo, Franco y unos árboles	29
Madrid es espectáculo	35
La gestoría catalana en el Congreso	43
La ley seca del sexo	47
Esperanza Aguirre y Martín Villa	51
Villarejo en Madrid	59
Lia Thomas o la dejás	63
De estos polvos vendrán lodos	69
Madrid, Madrid me desespera	73
A las puertas del Supremo	77
Comer en Madrid	81
Pintada en Girona	87
El Vivaldes está tarado, pero no lo digo yo	91
El rey y la reina	95
Ucrania quiere más armas	105
A los toros por San Isidro	109
En la plaza: la gran familia y uno más	119
El verano también es nuestro	127
Exilio con final feliz, gentileza de Miquel Iceta	133

El Palace de Raül Romeva y Duran i Lleida	139
Usera, el otro Madrid	153
La OTAN, o en manos de quién estamos	161
Museos de aquí y de allí	167
Feria del libro	173
Una jornada particular	179
Teatro	185
Quién preside la Asamblea de Madrid	191
Barcelona no va de farol	197
Carteles contra la violencia	201
Subvenciones	205
Los refugiados ya no son tan bienvenidos	211
Cataluña, el salvaje Este	217
La vuelta al mundo en un velero	223
El lacismo madrileño	227
Despedida y cierre	229
Agradecimientos	231
Índice onomástico	233

Llegada

El botifler llega a la estación de Atocha. Si Nueva York es la ciudad que nunca duerme, Madrid es la ciudad que más se entrega al paseante, como dejó escrito Ramón Gómez de la Serna, el gran cronista de esta capital, a la que también definía como mezcla de chulería y delicadeza, de ponche ideal de limón y cerveza. Y añadió todavía que es un lugar en el que nadie se fija en los demás. Y la mujer puede ir de tapadillo o vestida de pendón, descripción que probablemente no sería aceptada hoy por los centinelas de la corrección política, aunque al fin y al cabo sea un elogio a la libertad de la mujer de vestirse como le plazca. Como eslogan, es mucho mejor que el de «la ciudad donde no vas a encontrarte nunca con tu ex» que popularizó Isabel Díaz Ayuso, si bien es cierto que en tiempos de Ramón no había muchos ex, a no ser que contemos entre estos a los excombatientes y a algún excomulgado.

Nada más poner el pie en tierra madrileña, todavía en la estación de Atocha, me recibe la escultura de un señor que sostiene una carpeta, ubicada en lo alto de una escalera mecánica —la escultura, no la carpeta—. ¿Será un homenaje a los revisores del tren, tan implacables que hace un par de días uno de ellos llamó a seguridad porque en su opinión —errónea, según quedó claro después— yo había paga-

do 1,19 euros menos de lo que me correspondía por el billete? La placa al pie de la escultura me saca del error: el monumento rinde homenaje al viajante de comercio. Cómo no emocionarme. Sin duda es un tributo a los catalanes, lo que ocurre es que debe disimularse para no ofender a las demás autonomías. Catalán y viajante de comercio fueron sinónimos en España durante muchos años. El viajante de comercio cogía su maleta con muestras de tejidos de Sabadell, se despedía de la familia y se montaba en un tren a vender por toda España. Durante varias semanas, las fondas y restaurantes eran su hogar, los trenes eran su vehículo y las señoritas de las casas de lenocinio eran su familia. Con buen criterio, en Madrid han preferido situar la escultura-homenaje en una estación de tren y no en un club de carretera. La afluencia de público sería poco más o menos la misma, pero en una terminal la gente va con menos prisas y alguno se detiene a leer la inscripción y a observar el monumento —verbigracia, yo mismo—, gris como un viajante catalán de comercio. A fe que alguno debe quedar todavía de la vieja estirpe, por lo menos el del Juvé & Camps, espumoso que en Madrid encontraré desde el hotel Palace hasta la tasca La Caña, diríase que es un cava con el espíritu del Tenorio: yo a los palacios subí, yo a las cabañas bajé.

Dicen, y te lo repiten a la menor ocasión, que en Madrid a nadie le importa de dónde vienes, ni siquiera a dónde vas, así que menos todavía debe de importarle a nadie el *procés*, que es una cosa que inventamos los catalanes cuando nos cansamos de vivir bien, de ser la región puntera de España y probablemente de Europa, y de despertar la envidia allá donde fuéramos. Lo de *el món ens mira* con que Cataluña empezó a despeñarse era una vana esperanza, pues preocupaciones más serias tenía el globo. Entonces

creímos que, si no el mundo, por lo menos Europa sí nos miraría. Si lo hizo, fue para reírse de nosotros. Quedaba España, que ni que fuera para maldecirles por querer romperla, algún vistazo debería echar a los catalanes. Ni por esas. Madrid no ignora a Cataluña, pero sí al *procés*.

Para comprobarlo, tomo un taxi al salir de la estación. Si los taxistas constituyen un mito en sí mismos, los taxistas de Madrid son el barómetro fidelísimo del estado de la nación, déjense de debates en el Congreso. En provincias, donde vivo, los nativos consideramos una afrenta coger un taxi, eso es cosa de turistas, viajeros y demás especies foráneas. La falta de costumbre hace que, en el fondo, crea que la leyenda del taxista que aferrado al volante soluciona los problemas no solo de su pasajero sino, especialmente, los del mundo es eso, un mito.

Pues no.

Tras preguntarme de dónde soy y a qué he venido a Madrid —por el acento, él parece rumano—, mi taxista entra en materia.

—Y así, ¿qué piensa usted del virus?

—Pues mire, si quiere que le diga la verdad...

Me interrumpe, cortante:

—¿Cómo que si quiero que me diga la verdad? ¡Claro que sí! La verdad es lo que nos hace avanzar por la vida, lo que nos diferencia de los animales y blablablá...

De todos los taxistas de Madrid, he ido a tropezar con el filósofo. Permito que se explaye, con la esperanza de llegar rápido al hotel. Sin embargo, percibo que no va a ser fácil ignorarle, quiere saber más, quiere saberlo todo.

—Y de las vacunas, ¿qué piensa?

Líbreme Dios de volver a empezar la frase, ni siquiera como recurso retórico, con «si quiere que le diga la verdad», capaz es de echarme del vehículo en marcha. Me

muestro tan contundente como puedo, lo cual, debo reconocerlo, tampoco es mucho; el sujeto me tiene un poco intimidado.

—Pues voy a decirle dos cosas. Que no sé por qué lo llaman vacuna si en realidad no deja de ser un medicamento que...

Me interrumpe de nuevo, con la contundencia que ya reconozco como habitual en mi primer conocido en Madrid, amén de conductor:

—¡Exactamente! Con lo que me acaba de decir, me demuestra usted ser una persona que piensa, que no se deja engañar y blablablá...

Me acomodo en el asiento, la perorata va para largo. Al fin y al cabo, se gana la vida como buenamente puede, no todos los rumanos tienen la suerte de llegar a España, casarse con un nativo y que al poco su marido se convierta en el Vivales, como le ocurrió a la señora de Puigdemont. Gracias a eso, a la buena mujer le pagamos todos los catalanes 6.000 euros mensuales por presentar un programa de dos horas semanales en una tele local y pública que carece de espectadores. Eso sí que es una buena publicidad del matrimonio. El dinero de los catalanes sirve para esas cosas, para recompensar no solo a quienes nos han conducido al abismo, sino también a sus familiares. De todas las formas indignas que una mujer abandonada por su esposo tiene para intentar subsistir, la señora del Vivales ha escogido la peor: la caridad disimulada. Por lo que parece, mi taxista no tuvo la fortuna de casarse con alguna —o algún— populista que le sacara de las calles y aquí está, carrera tras carrera, aderezadas con peculiares conversaciones con los clientes.

Cuando hace minutos que no escucho lo que está diciendo, noto su mirada inquisitiva por el retrovisor.

—Pero usted me ha dicho que me diría dos cosas, y solo me ha dicho una.

También he tenido la desgracia de pillar al taxista que sabe contar. ¿No llegaremos nunca a mi hotel?

—Bueno, no parece que los resultados de esa vacuna sean lo que se dice extraordinarios, por tanto...

Nueva interrupción:

—¡Nos están inoculando! ¡Inoculando! ¡Hay que dejar que el cuerpo cree sus propios anticuerpos! Esto es como si te faltan vitaminas y te recetan pastillas. ¡Gran error! Lo que debemos hacer es comer mejor y dejar que el cuerpo fabrique sus defensas y blablablá...

Por fin llegamos. Se detiene frente al hotel. A pesar de haberle abonado ya la carrera, se resiste a dejarme bajar sin haber terminado su exposición, que yo soporto no solo estoicamente sino con cara de interés, de algo tenía que servirme haber entrevistado a decenas de políticos de discurso vacío, valga la redundancia. Finalmente, el taxista parece finalizar el suyo. Deja de hablar, se da la vuelta y, mirándome por vez primera directamente a los ojos, pregunta:

—¿Sabe usted qué es la verdad?

—Errr... ¿lo que nos hace avanzar por la vida? —Tanteo el terreno sin tenerlas todas conmigo, parece estar de vuelta el taxista filósofo.

—¡Y lo que nos diferencia de los animales!

—Sí, eso también.

—Que tenga usted una buena estancia en Madrid. Buenas noches, señor.

Entro por fin en mi hotel. Ni una sola referencia al *procés* o a la situación en Cataluña.

Dos días después tomo otro taxi, esta vez el conductor es venezolano, ingeniero técnico en su país, del que huyó para reciclarse en taxista madrileño. La conversación va en

esta ocasión de las dificultades que las administraciones ponen al oficio.

—Al final, para sobrevivir, los taxistas vamos a tener que vender el cuerpo —me dice el chófer, cerca ya de la jubilación.

—A mí no me mire, que no compro.

Y así sigue la charla. A pesar de que sale en ella mi origen catalán, la política no aparece. Si de dos taxistas, ninguno habla a su cliente catalán de la problemática de Cataluña, significa que esta no existe. Que está solamente en la mente de algunos catalanes. De los que se ganan la vida con ella.